



Richard A. Epstein^(*)

¿La **literatura** sirve como **ciencia social**?

El caso de George Orwell^(**)

1. Las tradiciones literarias y de las ciencias sociales

Vivimos en un mundo que tiene, por decir lo menos, una cierta fascinación por los intelectuales públicos. Algunos intelectuales públicos son sacados de la academia, pero muchos de los más influyentes miembros de esta recia, si es que indefinible estirpe, viene de otra formación. En vista de que no han sufrido los rigores de una profesión o haber conseguido un PhD., muestran poco respeto frente a las fronteras convencionales que separan un campo de investigación de otro. Ellos pueden, y lo hacen a menudo, moverse rápidamente de las ciencias humanas a las ciencias sociales y viceversa, y muchas veces no se percatan como, e inclusive si es que han hecho tal cambio. Los abogados, especialmente los abogados académicos, frecuentemente pueden llenar el nicho de los intelectuales públicos. El Derecho es una disciplina parasítica. Se adjunta a todas las actividades humanas que involucran disputas o cooperación entre dos o más personas, lo que es equivalente a decir que toca todos los aspectos de la vida humana, ya sea como un intruso o una ayuda indispensable. Los abogados desarrollan habilidades para poder estar a la altura del grado de sus encargos ocupacionales, así que por la fuerza fungen como intelectuales públicos que son felices de inspirarse de cual fuente tengan a la mano. Trabajan seguido, entonces, con fuentes tanto de las ciencias humanas como las ciencias sociales. La habilidad de enarbolarse una narrativa compulsiva es, por supuesto, una de las grandes habilidades del abogado litigante, como lo es la habilidad de ordenar sistemáticamente información en un litigio complejo. Así que nuestra amplia cartera de negocios nos permite tener acciones en ambos campos de la división intelectual, lo que nos garantiza el dominio de ninguna.

Al lidiar con estos asuntos de interés público, nosotros, los abogados, frecuentemente trabajamos en competencia con los escritores, que frecuentemente dobletean también como periodistas. Esta recia estirpe

(*) Abogado y Filósofo. Profesor James Parker Hall en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago. Miembro del Comité Consultivo Internacional de **ius et veritas**.

(**) Publicado originalmente bajo el título: *Does Literature Work as a Social Science? The case of George Orwell*. En: *University of Colorado Law Review*. Número 3. Volumen LXXIII. pp. 101-125. La traducción del presente texto, con autorización expresa del autor, estuvo a cargo de Flavia Cuneo Bringas, Miluska Gutiérrez Vega y Raúl Vizcarra Castillo, miembros de la Asociación Civil **ius et veritas**.

también se especializa en el estudio veloz, y también puede adquirir habilidades tanto en las artes como en las ciencias sociales. Estos escritores tienen una debilidad de hacer fuertes pronunciamientos respecto al comportamiento humano, lo que hace surgir una interrogante, ¿cómo deberíamos incorporar estas perspectivas e ideas en nuestra evaluación del fenómeno social? De manera más específica, este ensayo se pregunta hasta qué punto nosotros, como abogados y ciudadanos, deberíamos confiar en la literatura y las ciencias sociales al lidiar con las complejas formas del comportamiento humano que se encuentran sujetas a algún tipo de regulación legal. Como ya ha sido notado, es peligroso para alguien entrenado en el Derecho el ingresar a tan embriagante territorio, inclusive cuando sea respecto a temas concernientes a los estudios legales. Sin embargo, a pesar de esto, la relación que tienen estos dos campos del conocimiento con el Derecho es demasiado importante como para dejarlo en manos de personas versadas solo en las ciencias humanas o las ciencias sociales. Los abogados también tenemos algo que decir al respecto.

Mi objetivo principal para esta ocasión es quizá uno de los intelectuales públicos más famosos del último siglo, George Orwell, cuya obra combina el *appeal* literario con unas críticas bastante fuertes al orden social existente. Es quizá demasiado llamar a Orwell un científico social en cuanto no hizo algún tipo de trabajo formal o cuantitativo. Sin embargo, desde la misma perspectiva, sí escribió serios comentarios sociales respecto a esos grandes temas que llaman la atención de los científicos sociales y los pensadores políticos de cualquier tendencia. Quizá por esta razón algunas personas prefieran el término crítico social o filósofo político en vez de intelectual público. En verdad no me importa el término exacto, en cuanto lo que me interesa es la transición de una obra literaria a la teoría social. En este tema, la conexión entre la literatura y la política fue excepcionalmente fuerte en las turbulentas décadas de 1930 y 1940, años en los que Orwell escribió. Inclusive en las democracias occidentales habían incisivos debates respecto a la deseabilidad, necesidad o futilidad del planeamiento central. Y esto en verdad era poca monta comparado a los desafíos que las fuerzas totalitarias de izquierda y derecha le imponían a cualquier forma de institución democrática.

A cierto nivel la interacción entre literatura y ciencias sociales puede ser vista como sinérgica. Es bastante común que los

escritores literatos usen la ficción y la narrativa como medio para mostrar su gran insatisfacción con el orden social, económico o político actual. Frecuentemente su especialidad es la disección de un personaje, descripción o trama. Algunas veces los escritores exploran las dimensiones psicológicas de los personajes que crean. Algunas veces examinan cómo personas normales responden a crisis dramáticas. Algunas otras veces toman la vía opuesta y exploran cómo la gente alienada y perturbada responde a los eventos del día a día.

Como digno exponente de su tiempo, Orwell, sin embargo, escribió con un fin mayor. A través de su vida escribió tanto como ensayista y novelista, y en el caso de una «novela» como *Down and Out in Paris and London*, la separación entre autobiografía y ficción es bastante tenue⁽¹⁾. En ambos escenarios Orwell tenía una poderosa autodefinición como un forastero. A pesar de que creció dentro del sistema, se veía a sí mismo como un hombre con una misión, el hombre que luchaba contra las prácticas dominantes, como el hombre que no podía ser domado o domesticado por estas. Esa sensación de haber crecido como un forastero, un luchador frente a la ortodoxia autocomplaciente se demuestra de manera bastante vívida en su ensayo póstumo *Such, Such Were the Joys...*, donde hace un recuento de las duras experiencias que padeció como un muchacho humilde y socialmente aislado en una escuela inglesa preparatoria⁽²⁾. La lección a aprender de todo esto es que no es la culpa de Orwell, pero de sus «estrellas» -eso es, el inconsciente y atrincherado sistema al cual fue lanzado en contra de su voluntad. Orwell frecuentemente se percibía a sí mismo como una minoría de uno que tenía que estar firme contra la multitud. Proyectaba su determinación de

(1) DAVISON, Peter. *George Orwell: A Literary Life*. Londres: Macmulan, 1996. pp. 25 y 26.

(2) Véase: ORWELL, George. *Such, Such Were the Joys*. En: *A Collection of Essays*. New York: Doubleday&Inc, 1954. p. 9.

Richard A. Epstein

luchar contra cualquier obstáculo, de comunicar el sufrimiento y las penurias de su vida, y ser el campeón de la causa de los socialmente desposeídos. Su destreza para escribir «la» frase y describir una escena ofrece pistas obvias sobre por qué fue -y es considerado- uno de los mejores estilistas del siglo XX.

Lo que encuentro problemático en el acercamiento de Orwell es, sin embargo, su voluntariedad para generalizar a partir de sus propias experiencias. Para Orwell, su sufrimiento privado era la fuente de su conocimiento público. Nunca dudó en tratar su vida, su sufrimiento o sus impulsos literarios, como una acertada descripción de una realidad social más amplia. Es en este punto en que el choque entre lo literario y las ciencias sociales comienza a aparecer. Este punto, por supuesto, no es exclusivo de Orwell, en vista que se puede aplicar a muchos escritores que invocan la forma literaria como vehículo para la crítica social.

Para ponerme autobiográfico por el momento, esta idea me fue hecha notar por primera vez cuando era alumno de primer año en el Columbia College en mi clase de *Contemporary Civilizations* en otoño de 1960. El tema para la clase era la condición de la clase obrera inglesa en Inglaterra y Francia durante mediados del siglo XIX. Mi profesor en esa ocasión era un excelente historiador quien tuviera una muerte prematura, Paul Noyes. Era en ese momento un inexperto asistente de docencia en su primera experiencia docente, fresco de una beca Marshall, que si no me equivocó fue en Oxford. Los dos extractos que la clase leyó lado a lado era una selección de Balzac -creo que era de *The Girl With the Golden Eyes*⁽³⁾- y un recuento de la posición de la clase obrera inglesa ofrecida por un industrialista/apologista inglés, Andrew Ure⁽⁴⁾. Balzac usaba su amplio poder literario para capturar el pliego desesperado de reclamo de trabajadores franceses mientras que Ure, escribiendo en la tradición de Adam Smith, empleaba una prosa sombría y áridas estadísticas para enfatizar

el crecimiento sostenido bajo el sistema de manufacturas y el vasto incremento en la productividad y la longevidad que generaba. Para la clase la imaginaria de Balzac ganó el debate sin duda alguna; para Noyes, un historiador no sentimental, Ure tenía el mejor argumento por lejos. Noyes nos demostró la razón porqué: al lidiar con movimientos sociales a gran escala lo prosaico era más importante que lo dramático. Teníamos que conocer las estadísticas respecto a la expectativa de vida, índices de alfabetismo, ingesta calórica y cosas por el estilo. Teníamos que saber algo de infraestructura, inversión y avances técnicos. Teníamos que comprender la importancia un infinito arsenal de pequeños incrementos en las mejoras. Noyes era un historiador, y pensaba sobre estos temas de la misma manera en que Robert Fogel pensaba sobre nutrición⁽⁵⁾. Para la mente de Noyes la historia de Balzac nos ofrecía, con suerte, una muestra estadística de uno, si es que eso.

No puedo hablar en representación de toda la clase, pero Noyes me convenció con ese argumento. De ese momento en adelante he sido muy sospechoso del cruce dramático de literatura a ciencia social. El autor literario no tiene obligación de buscar la verdad mientras escribe ficción. Pero el precio que uno paga por esa libertad -con atrevimiento se puede llamar hasta auto indulgencia- es que la ficción no puede ser vista como una representación instantánea de una generalización subyacente de una determinada situación social, dados los

- (3) BALZAC, Honore de. *The Girl with the Golden Eyes* (1835). En: *Introduction to the Contemporary Civilization in the West*. 3era. edición. Columbia: Contemporary Civilization Staff of Columbia College, 1961. p. 263 (en adelante me referiré a este texto como *Contemporary Civilization*).
- (4) URE, Andrew. *The Philosophy of Manufactures*. En: *Contemporary Civilization*. Supra nota 3. Este ensayo fue escrito en respuesta al Factory Act de 1883. *Ibid.*; p. 242.
- (5) Véase, por ejemplo: FOGEL, Robert W. *Strategic Factors in Nineteenth Century American Economic History: A Volume to Honor Robert W. Fogel*. En: ROCKOFF, Hugh (Editor). *Strategic Factors in Nineteenth Century American Economic History: A Volume to Honor Robert W. Fogel*. Chicago: University of Chicago Press, 1992; FOGEL, Robert W. *Exploring the Uses of Data on Height: The Analysis of Long Term Trends on Nutrition, Labor Welfare, and Labor Productivity*. En: *Social Science History*. Número 4. Volumen VI, 1982. pp. 401 y 402; FOGEL, Robert W. *New Sources and Techniques for the Study of Secular Trends in Nutritional Status and the Process of Aging*. En: *Historical Methods*. Número 26. 1993. p. 5.

obvios riesgos de embellecimiento y fabricación. Es demasiado fácil para el novelista -o el docudramatista⁽ⁱ⁾ de hoy en día- de mover el peso de un hombro al otro. Cuando los críticos están a distancia y los amigos cerca, la literatura se proyecta como un exacto y vívido espejo del mundo; cuando los críticos se acercan y los amigos brillan por su ausencia, bueno, entonces cierto grado de licencia literaria debe ser tolerada en nombre de imaginación creativa. El escritor puede, para usar una frase que la novelista inglesa Margaret Drabble invocó en el *talk show* «Odyssey» de Gretchen Helfrich para evaluar a Orwell, el lujo de hablar de «advertencias y no profecías»⁽⁶⁾. A dicha observación puedo responder que esta inteligente equivocación abre la puerta al oportunismo literario. Si el mundo no resulta como predecimos, entonces se hizo caso a la advertencia. Si esto no es así, entonces las advertencias pueden ser lanzadas una y otra vez como las profecías que nunca fueron en su momento⁽⁷⁾. La proposición permanece sonora, pero también se vuelve no falsificable.

En balance creo, entonces que los recuentos opacos de las ciencias sociales son más confiables que el recuento dramático de incidentes que se vuelven materia de literatura. Una rendición literaria le puede enseñar a alguien a ser sensible a las penurias de la pobreza, pero no nos dará indicios si es que la pobreza está en declive o en aumento. No nos dará figuras comparativas entre diversas ciudades, estados o naciones. No nos mostrará su impacto sobre la longevidad. Somos justamente escépticos de información proveniente de las ciencias sociales que es preempaquetada para validar un punto de vista previo. Adoptar el método de las ciencias sociales no requiere que aceptemos cualquier

trabajo solo porque cabe en el género. Deberíamos ser particularmente escépticos de las obras literarias que tienen la misma misión pero que no están sujetos a los mismos rigores en la investigación.

Al lidiar con información en bruto, a veces tenemos que escarbar muy hondo para encontrar explicaciones de poderosas tendencias sociales. Pensemos en las condiciones de la clase obrera europea de mediados del siglo XIX. Un aspecto largamente documentado de este periodo fue la gran expansión de las ciudades, alimentado por la migración proveniente de las granjas⁽⁸⁾. Una pregunta constante es por qué la gente elegía los riesgos de un amplio recorrido a trabajar bajo condiciones industriales infernales tan vívidamente descritas por Balzac y otros. Quizá nos podemos arriesgar a una explicación. Hay una imagen que domina la conciencia popular y social que conjura los placeres bucólicos de la vida en el campo, y la vida en comunión que tienen los granjeros con la naturaleza. No crea eso. Inclusive hoy en día el trabajo en granja es una de las ocupaciones más sucias y con mayores riesgos. Los accidentes y enfermedades son cosas comunes; estar expuesto a los elementos tiene consecuencias sobre los granjeros⁽⁹⁾. Una hora de este trabajo

(i) Nota del traductor: en la versión original del texto se recurre a la palabra *docudramatist*.

(6) Registro de audio: HELFRICH, Gretchen. *Odyssey Talk Show*. En: Estación WBEZ. 11 de noviembre de 1999, disponible en: <http://www.wbez.org/services/ram/od/od-991111.ram> (un audio que cubre la entrevista que Helfrich le hiciera a Epstein puede ser bajado de esa misma página *web*).

(7) La misma estrategia fue empleada por los ambientalistas apocalípticos cuyas predicciones de un caos masificado hechas hace treinta años han sido falsificadas en todos lados por los eventos posteriores. Para una disección sin compasión de este arte, véase BAILEY, Ronald. *Earth Day, Then and Now*. En: *Reason*, mayo 2000. p. 18; hace notar que activistas tales como Paul Ehrlich y Lester Brown nunca tienen que confesar sus errores en cuanto saben como «salir antes en un desfile que ya comenzó. Cuando las cosas mejoran afirman que fue solo porque la gente hizo caso a sus advertencias, no porque hubiesen tendencias de largo plazo e incrementadas eficiencias».

(8) MARX, Karl y Friedrich ENGELS. *The Communist Manifesto*. En: MCLELLAN, David (editor). *The Communist Manifesto*. Oxford: Oxford University Press, 1992.

(9) En el 2001 las muertes en la agricultura comprendían un 12.2 % de todas las fatalidades ocupacionales; muerte en trabajos mineros comprendían el 2.6 % de las fatalidades. En: *US Department of Labor, Bureau of Labor Statistics*. Disponible en: <http://www.bls.gov/iif/oshwc/cfoi/ctfb141.txt> (última visita 23 de abril de 2002).

Richard A. Epstein

convencería a cualquiera dubitativo del falso romanticismo del trabajo agrícola, especialmente antes de la maquinaria y tecnología que redujo inmensamente el trabajo humano (y salva vidas) del siglo XX.

Esta observación permite explicar por qué los trabajadores del siglo XIX estaban dispuestos a asumir ese riesgo de accidentes al contratar con empleadores industriales. Desafortunadamente la respuesta dada a esa pregunta habla de la explotación del trabajador por la empresa -una hoja del trabajo de Marx y Engels⁽¹⁰⁾. Una respuesta más exacta no requiere el recurrir a la idea de explotación en lo más mínimo. El granjero-trabajador es un único propietario que no tiene a quien demandar salvo a sí mismo. El trabajador que es negado sea por contrato o por el derecho de la capacidad de demandar a su empleador tiene una posición que es prácticamente igual a la del granjero que trabaja por cuenta propia y no tiene a quien demandar. Inclusive esa persona puede estar mejor si es que las condiciones de trabajo en una fábrica resultan menos peligrosas que las condiciones de la granja que dejó. Ahora la compensación por lesiones en el trabajo se da de una forma *ex ante* que no requiere demanda alguna para ser cobrada. Es en primer lugar una reducción en el riesgo de heridas en el trabajo.

Para estar seguros, no es que trabajadores y empleadores no tengan que tolerar un régimen exigente de responsabilidad porque el trabajo actual es más seguro para el trabajador que el segundo mejor trabajo a su disposición. La competencia sigue siendo el impulso de las empresas; los trabajadores aun siguen dispuestos a aceptar salarios más bajos a cambio de mejores porcentajes de seguridad física. De nuevo, entonces, las teorías más prosaicas de mutuo beneficio a través de contratar -teorías que hubiesen tenido un escaso atractivo para Orwell- puede explicar la evolución de estas prácticas. Y hasta cierto punto solo ellos pueden explicar lo que en verdad pasó: los primeros sistemas de compensación de trabajadores estaban concentrados en las industrias más

peligrosas -trenes y minas- y antecedieron las leyes de compensaciones de trabajadores de Inglaterra de 1897 por casi treinta años⁽¹¹⁾.

Ahora, puede ser que la explicación que he brindado es incompleta, en cuanto evidentemente habían distorsiones en el mercado de tierras que pudo haber empujado a los trabajadores de las granjas a las ciudades. Lo más obvio de estas sería el paso de tierras comunales a tierras privadas que hubiese despojado a muchos productores marginales de propiedades sobre las cuales solo tenían un título precario⁽¹²⁾. Un argumento fuerte podría esgrimirse de que el sistema legal debió haber reconocido estos reclamos por alguna analogía con los derechos de prescripción. Pero sería un error el creer que este pequeño cambio hubiese sido suficiente para liberar las presiones que llevaron a Inglaterra por el camino de la industrialización en el siglo XIX. Sería igualmente erróneo adoptar la postura de que la respuesta apropiada a los defectos de la política de propiedad agraria hubiese sido alterar las reglas que gobernaban las relaciones laborales en el entorno industrial. Lo que pasó en el campo quizá debió deshacerse. Pero para este propósito el curso de acción era inalcanzable o también poco sabio. De cualquier modo, apenas mejorarían los temas en el país el adoptar un modo de organización industrial inferior en la ciudad. Aquí, como en todas partes, no se puede contrarrestar los efectos adversos de una imperfección creando otra.

(10) Véase MARX y ENGELS. *Supra* nota 8.

(11) Para una discusión del tema véase EPSTEIN, Richard. *The Historical Origins and Economic Structure of the Workers Compensation Law*. En: *Georgia Law Review*. Volumen LXXII, 1986. p. 775.

(12) Para una referencia de este tipo, véase WELLS, H.Q. *The Outlines of History*. p. 821: «Los hombres más grandes eran los gobernantes sin oposición de Gran Bretaña, y ellos mismos establecían las leyes, los 'Enclosure Acts', que prácticamente confiscaban las tierras no comunales y las comunales, principalmente para el beneficio de los grandes propietarios de tierras. Los hombres más pequeños se hundían a los niveles de trabajadores asalariados sobre la tierra que antes poseían para el cultivo y el pastoreo».

2. La excesiva generalización en la literatura

Los peligros de la literatura como ciencia social son mucho más profundos. El mismo Orwell estaba conciente de las subjetividades al momento de informar de los tipos literarios. En su ensayo sobre Charles Dickens, notó de manera clara que «Dickens no describe un viaje en tren ni remotamente con el mismo entusiasmo del cual habla de un viaje en coche»⁽¹³⁾. Y Orwell elabora aun más que Dickens no tenía idea de los oficios y comercios de sus personajes mercaderes, quienes eran recordados más por sus excentricidades que por su buen juicio en los negocios. No deberíamos inferir las tasas de ahorro nacionales de los hábitos financieros del señor Wilkins Micawber de «David Copperfield»⁽¹⁴⁾. Si es que dudamos de Micawber, deberíamos tomar como ilustrativo las experiencias de un joven David Copperfield en Murdstone & Grimby, no sin mencionar las inusuales enseñanzas del señor Gradgrind (inclusive el nombre es político) en *Hard Times*⁽¹⁵⁾.

Lo irónico de todo esto es que Orwell, a su manera, ha caído en la misma trampa que Dickens. Orwell tiene grandes perspectivas respecto de sí mismo, pero debo confesar que el recuento de su infancia en *Such, Such Were the Joys...* es mucho menos creíble después de haber criado a tres niños, ninguno tan maleable o impresionable como Orwell suponía que eran sus compañeros de clase⁽¹⁶⁾. La última vez que leí el ensayo tuve una incómoda simpatía (quizá no merecida) con el señor y la señora Simpson (Bingo), quienes debieron estar bastante ocupados con su precoz aunque problemático hijo, cuyos propios complejos le hacían difícil el acoplarse al colegio inglés. Estoy seguro, por decir lo menos, que no aceptaría el recuento de Orwell de su juventud sin antes haber contra interrogado y escuchado a testigos que lo contradigan, precauciones estándar al momento de recopilar información. Inclusive si es que asumiéramos que el Orwell adulto poseía

gran autocomprensión del joven Orwell, para ver a través de la idiosincrasia de aquellos que lo conocieron, aun debemos cuestionar su método literario. Simplemente, Orwell no puede ganar un debate político a gran escala generalizando sobre su información autobiográfica, por más llamativa que esta sea.

Déjenme ejemplificar lo que digo. Hace poco leí por primera vez la novela de Orwell de 1936 *A Clergyman's Daughter*⁽¹⁷⁾. En este libro Orwell hace muy pocos esfuerzos por mostrar su desdén por la religión y el capitalismo y como estos operaban en la Inglaterra de la década de 1930. El mismo Orwell ciertamente albergaba un inmenso desdén por regimenes totalitarios y una preferencia por el socialismo democrático: «Cada oración de trabajo serio que he escrito desde 1936 (fecha de la Guerra Civil Española), a mi entender, ha sido dirigida, directa o indirectamente, *contra* el socialismo y *a favor* del socialismo democrático»⁽¹⁸⁾. E inclusive si el socialismo democrático tuviese las virtudes que Orwell le atribuye, la pregunta continúa: ¿qué podemos decir acerca de la deseabilidad de ese sistema (entendido aquí como la propiedad colectiva de los medios de producción, o al menos extenso planeamiento gubernamental y control sobre las políticas industriales) en comparación al sistema de mercado descentralizado? Orwell hace esta decisión fácil a través de la habilidad de construir un parangón del viejo orden que encarna

(13) ORWELL, George. *Charles Dickens*. En: *A Collection of Essays by George Orwell*. Op. cit.; pp. 55-92.

(14) Véase: DICKENS, Charles (editado por Nina Burgis). *David Copperfield*. Oxford: Oxford University Press, 1981. Publicado originalmente en 1851.

(15) Véase: DICKENS, Charles (editado por Gwen Jose). *Hard Times*. Cambridge: Cambridge University Press, 1966. Publicado originalmente en 1854.

(16) Véase: ORWELL, George. Supra nota 2.

(17) ORWELL, George. *A Clergyman's Daughter*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1960. Publicado originalmente en 1935.

(18) ORWELL, George. *Why I Write*. 1947. pp. 313-318.

Richard A. Epstein

lo peor de todos los rasgos humanos, sin importar qué sistema político endorsee⁽¹⁹⁾.

La protagonista de esta historia es una mujer de veintitantos años, Dorothy Hare, cuyo padre es el reverendo Charles Hare, Rector de St. Athelstan, Knype Hill, Suffolk. El digno Charles tiene dos caminos a la fama. Uno es el dominio de la habilidad de evitar el pago de las deudas contraídas. Él es capaz de, con impresionante habilidad de criticar, intimidar, emplear estratagemas, insultar, evitar, posponer y prometer el pago de sus deudas a sus crédulos acreedores (de quien pensamos lo peor basados en su estupidez). Su especialidad es usar su alta posición religiosa para aislarse de las deudas de sus negocios mundanos y obligaciones morales. Su segundo pecado es el que asusta a su hija Dorothy de una manera descarada en que se vuelva su reticente agente de sus propias autoindulgencias: consumir los más grandes placeres de la vida -los mejores cuadriles de carne, los mejores vinos- a expensas de comerciantes de clases sociales más bajas. La religión y el capitalismo son insolubles, aunque quizá no en la manera en que R.H. Tawney lo hubiese pensado⁽²⁰⁾. Cualquier sistema social que produzca o tolere tales tipos bases en lugares privilegiados, nos recuerda Orwell, merece nuestro desdén y desaprobación.

¿Pero qué nos dice esta denuncia de religión y capitalismo acerca de los rectores y ministros de escasos recursos que son escrupulosos a la hora de pagar sus cuentas? Ciertamente no pretendemos generalizar que los rectores y ministros son parangones de virtud. ¿Por qué dirigir el argumento, entonces, en la dirección opuesta? Nuevamente vemos la creación literaria como un muestreo $n=1$, sin la más mínima idea de cuándo la imaginación literaria se aleja e inicia la realidad social.

Una vez que Orwell despacha a la religión, lidia con el capitalismo. Una vez más no nos ofrece una demostración formal de las ineficiencias de la competencia en proveer el nivel mayor de bienes públicos. Su descripción literaria toma la forma de una detallada descripción de las palmas sudorosas, el color rojizo, complexión grasosa y las desagradables secreciones de un hombre de negocios, el señor Warburton, quien activamente busca la atención y el afecto de una joven, y completamente asqueada, Dorothy. Y sin en verdad tener que decirlo, Orwell le da un golpe a la educación cuando coloca a una desesperada Dorothy en una sórdida escuela administrada por la avara y despreciable señora Creevy, cuyo nombre refuerza su mal carácter. De sus escritos es fácil derivar que solo individuos desfigurados se tranzan en relaciones comerciales⁽²¹⁾.

3. Hayek y Orwell

La descripción del comercio que hace Orwell en *A Clergyman's Daughter* difiere dramáticamente de la forma en que las personas que trabajan en la industria del comercio piensan acerca de la moralidad de esta labor. Vale la pena hacer una pausa para comentar la relación entre Hayek y Orwell⁽²²⁾. 1999 no solo fue el quincuagésimo aniversario de la obra de Orwell publicada en 1949, 1984, también

(19) Lo mismo es cierto respecto de las recreaciones documentales. El personaje tipo Javert del oficial de policía Vincent Della Pesca en la película «The Hurricane» obtiene poder al dar la impresión que la venganza es el único motivo por el cual un oficial acosa al boxeador Ruben Carter desde que era un niño. Nos enteramos luego que es solo creación literaria para ayudar el desarrollo de la trama. Pero esta cierta licencia falsifica la localización social si bien no niega la tragedia de la (que aun creemos) falsa condena por asesinato que Carter no cometió. Véase WESTFELDT, Amy. «The Hurricane» *Movie Found to Be Offensive by Victim's Families*. En: *Chicago Tribune*. 9 de febrero de 2000. p. 2.

(20) Véase: TAWNEY, R.H. *Religion and the Rise of Capitalism: A Historical Study*. La tesis central de este libro era que las virtudes de la ética protestante fueron determinantes en las fábricas y el sistema de mercado del moderno capitalismo.

(21) No es únicamente Orwell el que emplea desagradables descripciones en el asesinato de personajes. Nietzsche, por ejemplo, usa la técnica en *The Twilight of Idols*, donde inicia su ataque a Sócrates al hacer notar su fea apariencia, que trata casi como «una refutación» respecto a sus ideas sobre los griegos. NIETZSCHE, Friedrich. *Twilight of Idols*. En: KAUFMAN, Walter (Editor). *The Portable Nietzsche*. New York: Penguin, 1982. pp. 474 y 475.

(22) Véase: EPSTEIN, Richard. *Visionaries Revisited*. En: *Chicago Sun-Times*. 7 de noviembre de 1999. p. 30.A.

fue el centésimo aniversario del nacimiento de Friedrich Hayek.

En pocas palabras, Hayek y Orwell fueron contemporáneos en Inglaterra desde inicios de 1930 hasta finales de 1940. Hayek publicó *The Road to Serfdom* en 1944⁽²³⁾, la cual recibió críticas con gran aclamación y otras con gran denuncia⁽²⁴⁾. Orwell escribió una corta, elegante, cortés, irónica pero no muy perceptiva nota de aquel libro. Su pasaje clave dice lo siguiente:

«Es probable que el profesor Hayek también esté en lo correcto al decir que en este país los intelectuales son de mente más totalitaria que el común de las personas, pero él no ve, o no quiere admitir, que un regreso a la 'libre' competencia significa para la gran masa de personas una tiranía probablemente peor, por ser más irresponsable, que la que hay en el Estado. El problema con las competencias es que alguien las gana. El profesor Hayek niega que el libre capitalismo necesariamente conduce al monopolio, pero en la práctica, que es a donde esto ha llevado, y desde que la inmensa mayoría de personas preferirán largamente tener un régimen de estado que depresión y desempleo, el

movimiento hacia el colectivismo está limitado a continuar solo si la opinión popular tiene algo que decir acerca de este»⁽²⁵⁾.

Hace falta una buena cuota de ingenuidad para captar el sentido y sinsentido que Orwell puso en este corto pasaje. En el lado positivo del libro, Orwell se une a una larga lista de autores que han temido y condenado al monopolio. Pero su insistencia en que la competencia conduce a la tiranía me hace recordar los escritos contemporáneos de Friedrich Kessler, quien vio los mismos peligros del fascismo en contratos de formato estándar⁽²⁶⁾. Pero, por su puesto esa línea de argumentación pierde el punto que Hayek enfatizó con tanta intensidad en *The Road to Serfdom* -la libre entrada a los mercados de producción y trabajo avanzan mucho para obligar el mal comportamiento de firmas mediante la apertura de opciones para trabajadores y consumidores⁽²⁷⁾. Más que ver

(23) La historia de la publicación del libro es contada por: FRIEDMAN, Milton. *Introduction to the Fiftieth Anniversary Edition*. Chicago: University of Chicago Press, 1994. Publicado originalmente en 1944. En el año 1994 ya se habían vendido 250 mil copias del libro en formato de tapa dura y libro de bolsillo.

(24) Por ejemplo, véase HERMAN FINER, *ROAD TO REACTION* (1945), individualizado por Hayek en 1956 en la obra *Preface to the Road to Serfdom*. HAYEK, *Preface to the 1956 Paperback Edition* of *THE ROAD TO SERFDOM*, *supra* nota 23, at xxx n.4.

(25) George Orwell, *Revisar*: *The Road to Serfdom* de F.A. Hayek, *The Mirror of the Past* de K. Zilliacus [En lo sucesivo *Revisar*], en III *THE COLLECTED ESSAYS, JOURNALISM AND LETTERS OF GEORGE ORWELL: AS I PLEASE, 1943-1945*, en 118 (Sonia Orwell & Ian Argus eds., 1968) [En lo sucesivo *COLLECTED ESSAYS*] (reimpresión de la reseña del libro hecha por Orwell en *Observer* el 9 del abril de 1944). El siguiente extracto resume el argumento de Orwell:

Tomando ambos, estos libros dan cabida para consternarse. El primero de ellos es una elocuente defensa del capitalismo laissez-faire, el otro es una denuncia aun más vehemente del capitalismo. Los dos cubren, en cierta medida los mismos temas, frecuentemente citan a las mismas autoridades e incluso comienzan con la misma premisa ya que cada uno de ellos asume que la civilización del oeste depende en el cuidado de lo individual. Pero cada escritor está convencido de que la política del otro lleva directamente a la esclavitud, lo más alarmante de esto es que ambos podrían estar en lo correcto. (...)

Entre ellos, ambos libros resumen nuestra postura actual. El capitalismo conduce a búsquedas de subsidio, de mercado y de guerra. El colectivismo conduce a campos de concentración, a adoración a un líder y a la guerra. No hay escapatoria de esto salvo que una economía planeada pueda ser combinada de alguna manera con la libertad del intelecto, lo cual solo podría suceder si el concepto de bueno y malo es devuelto a la política.

Ambos escritores están, más o menos, advertidos de ello; pero ya que no pueden mostrarlo de manera práctica, el efecto combinado de sus libros es deprimente.

(26) Friedrich Kessler, *Contracts of Adhesion-Some Thoughts About Freedom of Contract*, 43 *COLUM. L. REV.* 629, 640-42 (1943).

(27) «Y es esencial que la entrada a diferentes oficios debería estar abierta a todos en diferentes términos y la ley no debería aceptar ningún atentado de individuos o grupos que restrinjan esta entrada mediante fuerzas abiertas u ocultas.» HAYEK, *ROAD TO SERFDOM*, *supra* nota 23, en 42.

Richard A. Epstein

este punto, Orwell confunde la competencia en el mercado con una carrera. Alguien gana y alguien pierde en las carreras y la clara importancia que Orwell le da es que las carreras son un juego que suman cero. Incluso ese punto está equivocado como una cuestión de práctica ya que los participantes ingresan a las carreras por las mismas razones que tienen para ingresar a cualquier otra forma de arreglos consensuales -porque ellos suponen que la ganancia esperada en satisfacción material y social excederá el costo anticipado. Pensando en las carreras de manera estacionaria, Orwell pasa por alto la ganancia que la «sistemática» social saca de la competencia. Orwell está en lo correcto al notar el perfil del monopolio pero se equivoca al asumir que el libre capitalismo «necesariamente» conduce al monopolio. Esta conclusión presupone la ausencia de nuevas entradas e innovación, y, sobre todo que la legislación antimonopolio (o política de competencia, como es llamada en Europa) no ayuda a lidiar con las amenazas de fijación de precios y fusiones horizontales.

La sombría conclusión de Orwell que dice que la opinión popular preferiría el yugo del Estado frente a los golpes y giros de una economía privada asume que separadas decisiones de firmas como opuestas a las políticas de cuentas -política tarifaria, monetaria y fiscal- de las naciones para los altibajos para la economía. Entonces, mientras su predicción del sentimiento popular fue validado en un corto período, no anticipó ni el suceso conservador de Margaret Thatcher, ni a la política centralista del primer ministro, Tony Blair. Lo digo sin mencionar que Orwell no tenía idea de la confusión de innovación en computadoras y biotecnología.

Dada su falta de sofisticación no resulta sorprendente que Orwell se haya confundido al descubrir a Hayek como un elocuente defensor del *laissez-faire*⁽²⁸⁾. En este punto, él pudo haberse referido a las profundas afinidades intelectuales entre Hayek y Blair. Desgraciadamente, Hayek no fue un liberalista o utilitarista exhaustivo durante toda su carrera, ni si quiera

en 1944, año en el que Orwell lo presenta de esta manera.

Felizmente, Hayek negó el que alguien conociera lo suficiente para construir cualquier orden social viable, por lo que la espontánea generación de coherentes prácticas sociales fue, para Hayek, el mejor camino al que luego llamó (como lo hizo Lyndon Johnson, con diferentes intenciones) «la Gran Sociedad»⁽²⁹⁾. Recientemente, escribí un ensayo titulado *Hayekian Socialism* para comentar, e incluso lamentar, cuan preparado estuvo Hayek para tolerar la intervención del gobierno en el mercado⁽³⁰⁾. Para los principiantes Hayek aceptó un hinchado rol para el gobierno en la provisión de servicios médicos y beneficios para desempleados⁽³¹⁾. De manera más general, la visión de Hayek solo reflejó una parte de la filosofía de la democracia social que impregnó su natal Austria antes de que él migrara a Inglaterra en la década de 1930.

Pero en cierto modo -todo esto es porque sí- para Hayek tuvo un sentido mucho mejor de las consecuencias sistemáticas de varios arreglos económicos; además, y tal vez por este conocimiento, él tuvo una lectura de la moralidad comercial mucho más firme y certera que la que Orwell tuvo. Hayek pensó que el comercio funcionaba mejor con una obediencia irreflexiva al traje comercial por miembros de cualquier grupo o comunidad cercana al tejido. Para Hayek, el conocimiento local de las circunstancias

(28) ORWELL, George. *Review*. Supra nota 25. p. 117.

(29) HAYEK, Friedrich A. *Law, Legislation and Liberty: Rules and Order*. 1973. («La expresión 'la Gran Sociedad', la cual usaremos frecuentemente con el mismo sentido que la frase 'Sociedad Abierta' de Sir Karl Popper, era, evidentemente, familiar en el siglo XVIII»).

(30) EPSTEIN, Richard A. *Hayekian Socialism*. En: *Maryland Law Review*. Número 58, 1999. p. 271.

(31) HAYEK, Friedrich A. Supra nota 23. pp. 120 y 121.

discretas no pueden obtenerse por cualquiera que las buscan planear de manera desordenada, solo pueden obtenerse de aquellos que están empapados de las costumbres y prácticas de sus propias instituciones especializadas⁽³²⁾.

Eso demostró, Hayek tuvo que hacer la pregunta, qué clase de individuos y con qué clase de personalidades eran propensos a triunfar en el comercio cuando la entrada y salida a este fueran abiertas, ¿y cuando las normas aplicables al negocio fueran costosas y poco claras? De manera más precisa, Hayek tuvo que preguntar no solo cómo un individuo está relacionado con el sistema, sino también cómo este sistema mantiene un equilibrio sostenible a través del tiempo. Esta no es una tarea fácil, porque la teoría debe tomar en cuenta no solo algunas de las instituciones que prosperaron con el tiempo, sino aquellas que colapsaron antes de empezar y aquellas cuyos prometedores inicios se fueron apagando con el tiempo. Trabajar estos cálculos requiere una apreciación de los muy variados tipos de personalidades que interactúan en el mercado. La duración de instituciones sociales, como la duración de las compañías no puede ser explicada enfocándose en los tipos de personalidades extremas, que son las menos agradables para ganar la confianza necesaria para lograr comprometer a realizar transacciones continuas.

Dadas estas restricciones, ¿qué tipo de individuo tiene más posibilidades de triunfar y qué tipo tiene más posibilidades de fracasar? Desde este punto de vista, la posición básica de Hayek es que los sujetos que son aceitosos, grasosos, desagradables y general desacreditados terminan careciendo de una reputación positiva que facilita los tratos comerciales, como lo sugiere la palabra desacreditados⁽³³⁾. Llegando a esa conclusión, no estoy hablando de lo inefable, aunque hable de lo intangible. La reputación es una valorable ventaja comercial pues reduce el costo de los demás de hacer negocios contigo. Una buena reputación crea la confianza de que mantendrás tu palabra, lo que a su turno te confiere una verdadera ventaja competitiva por reducir costos que otros gastan monitoreando tu comportamiento. En este entorno, los individuos que no se sientan a gusto, cumpliendo

promesas se cambiarán a otra profesión. La variedad de individuos dentro del comercio no es aleatoria, incluso en cuestiones de estilo, personalidad y decoro. Ciertas personas se adecuan mejor en una oficina y a otras les va mejor en el campo. Generalmente, a las personas les va mejor vendiendo y sirviendo productos que ellos mismos gustan y usan como clientes. El comercio tiende a autoseleccionar sujetos que caben en su negocio en particular. Un costo de la economía planificada es que el Estado trata de unir a ciertas personas con determinadas ocupaciones, sin tener ninguna medida certera de estas preferencias subjetivas.

Para estar seguro, esta serie de incentivos del mercado no es a prueba de tontos en el sentido de que «asigna» ocupaciones a personas o «vigila» su conducta una vez que inician su labor. Pero esto es algo que puede decirse de cualquier sistema de refuerzo legal. En cada transacción del mercado podría pagar por alguien para que incumpla un trato con el objeto de obtener ganancias mucho mayores. Sin embargo, los sujetos investidos de manera aferrada a su comercio o profesión no tienen una opción fácil de salida. Las ganancias que ellos podrían obtener del incumplimiento estarán compensadas por la pérdida de futuras transacciones que pudieran valorar mucho más para ellos que los míseros beneficios que recibieron de la transacción inmediata. Generalmente, una larga experiencia en el comercio es un mecanismo de creación de lazos que hace difícil que alguien que no cumpla el perfil prospere en el negocio. Cuando los comerciantes envejecen, sus

(32) Para revisar su más famosa exposición, véase: HAYEK, Friedrich A. *The Use of Knowledge in Society*, En: *American Economic Review*. Número 35, 1945. p. 520.

(33) Véase: EPSTEIN, Richard. *Supra* nota 30. pp. 278 y 279 (Describiendo el acercamiento Darwiniano de Hayek a la teoría económica).

Richard A. Epstein

horizontes se acortan -salvo que esperen pasarle sus negocios a un socio joven, a sus hijos o a sus hijas.

Por lo tanto, las necesidades del comercio usualmente trabajan en poderosos objetivos con descripciones literarias de excursionistas, de los cuales la mayoría se alejan tempranamente en los inicios de sus carreras. Haciendo un balance, la cuenta de mercaderes de Hayek es más sutil y acertada que la alternativa de Orwell. Vívidas cuentas de comportamientos autodestructivos al borde de la ruina -como sucedía con Gordon Comstock, protagonista de Orwell en la novela *Keep the Aspidistra Flying*, de 1936⁽³⁴⁾- ayudaron a hacer más interesante el tema. Pero, en este punto Orwell vuelve a quedar en segundo puesto frente a la cuenta de comerciantes de Hayek, la cual es más prosaica y de tipo obrero.

4. Cuando N es igual a uno

El esfuerzo de Orwell de usar literatura para explicar situaciones sociales no es persuasivo en la búsqueda para explicar patrones de comportamiento rutinario. Ello podría ser que dos personas no tienen los mismos deseos de leche o música, pero ninguno de estos dos intereses disminuye las leyes básicas de la oferta y la demanda. Los terrenos subjetivos para la evolución podrían explicar por qué, con precios constantes, un individuo comprará bienes que otra persona no compraría.

De verdad, las variaciones en los seres humanos tienen que ser presupuestas para explicar por qué los individuos no desean los mismos bienes con la misma intensidad. Ello quiere decir, entonces, que nosotros podemos deducir que cualquier incremento en el precio resultará en una reducción de la demanda, incluso no podemos identificar qué individuos en una gran población detendrán o reducirán sus compras. En busca, por lo tanto, de entender tanto economía o comercio de manera más específica, las variaciones individuales abandonan la ecuación. Parece que las opiniones de Orwell acerca del comportamiento del mercado no son perspicacias, pero sí errores. Ellos confían demasiado en la introspección personal y disgustan y no lo suficiente en generalización

empírica. Como Orwell ha referido sobre sí mismo, el no es un teorista: «Me convertí en prosocialista más que por disgusto con la forma de la más pobre sección de los trabajadores industriales fueron oprimidos y negligentes que fuera de cualquier admiración teórica para una sociedad organizada»⁽³⁵⁾.

Su técnica es, entonces, más valorable en negociación con el tema central de su gran novela *1984*, que el exceso totalitarista⁽³⁶⁾. Aquí la labor no es más entender el comportamiento del mercado de grandes grupos de consumidores desagregados. En este contexto, no tenemos un gran número de eventos repetitivos -ventas, préstamos, hipotecas- del mismo tipo. Así, es justo preguntar, ¿sobre qué uso es teoría económica general cuando resulta que N es igual a 1? Indicado de otra manera, a la clave acerca de los regímenes totalitarios no le interesa el lento movimiento y migración de la masa de consumidores mercantiles. En cambio, la pregunta es cómo un solo individuo -cuyas acciones pueden ser heroicas o dementes- dibuja los comportamientos de instituciones políticas sobre las que el ha tomado el control. En grandes poblaciones, esta única persona podría ser diferentes desviaciones estándares de la norma. Cualquier juicio acerca de cómo esa persona responderá a estímulos ordinarios es casi errado porque ello descansa en la suposición que a la gente le gusta el hecho de no ser del todo diferentes de sí mismos.

El punto aquí no apunta solo a estos casos extremos, sino también hacia otros que son marcadamente menores. Así, una

(34) ORWELL, George. *Keep the Aspidistra Flying*. Londres: Seckler&Warburg, 1959.

(35) Orwell, *Author's Preface to the Ukrainian Edition of Animal Farm*. En: ENSAYOS COLECCIONADOS. Supra note 25, en 403.

(36) ORWELL, George. *1984*. En: CRICK, Bernard (Editor). Oxford: Clarendon Press.

característica del análisis económico es aplicar las teorías generales de la fuerza de disuasión a criminales aunque ellos fueran individuos racionales, en búsqueda de maximizar sus ganancias cuando es sujeto a coacciones externas. Algunos criminales seguramente actúan de esta manera, pero muchos otros no son dibujados de la parte gorda de la curva de campana. El alto número de suicidios después de los asesinatos debería ofrecer una pista segura de que las suposiciones usuales de la teoría de la fuerza de disuasión no se mantienen para los individuos desconsolados y apenados. Así, esto se convierte en improbable en el extremo de pensar que los cambios en la doctrina legal o la severidad de sanciones tendrán grandes impactos en el comportamiento de esta parte de la población, incluso si estos mismos cambios estarán casi monitoreado por otros individuos para quienes el comportamiento criminal no es nada más o menos que la forma de ganarse la vida.

La misma preocupación aplica a algunos líderes políticos con rasgos extremos de personalidad. Ahora, el comportamiento de individuos atrapados en el centro de la distribución normal no ofrece mucha guía en cuanto a cómo cualquier persona inadaptada que tiene bloqueado su camino a la cima de la orden política se comportará.

Una razón del por qué Hitler era capaz de triunfar no es que nadie haya pensado que él podría ser casi malo para llevar a cabo los proyectos diabólicos que él perfiló en 1925 en *Mein Kampf*⁽³⁷⁾. En cambio, los contemporáneos a Hitler lo compararon con otros líderes políticos quienes siempre redujeron sus excesos verbales y así perdieron las retorcidas actitudes que describen al hombre. Aun desde que Hitler estaba fuera del dominio de experiencia común, aun para políticos depravados, cada uno subestimó el extremo de sus opiniones porque ellos rechazaron, antes era demasiado tarde, tratarlo como un atípico entre los atípicos.

Claramente esta actitud tenía mucho que ver con la funesta política de aplacamiento de Neville Chamberlain en Munich⁽³⁸⁾. Los líderes políticos en las naciones democráticas de Europa occidental, rutinariamente, subestiman sus respuestas diabólicas. Es esto una ventaja táctica que verdaderamente

la gente malvada tiene sobre individuos ordinarios que de tiempo en tiempo caen por su gracia.

Ello está en tratar de entender el comportamiento de extravagantes extremos que la imaginación literaria tiene un certera ventaja sobre una ciencia social cuantitativa. Los tipos de ciencia tienen que ver con las tendencias centralizadoras de grandes poblaciones que pueden ser puestas en orden en distribuciones normales. El tipo literario, conformado por ideas psicológicas, solo podrá introducirse en la cabeza de esa aislada persona que marca la diferencia en la arena política. En cambio, una gran debilidad de paciencia política, generalmente es que ella no tiene una teoría satisfactoria sobre cómo un soberano de la tradición de Hobbes es capaz de agregar mucho poder político personal en primer lugar. Hombres como Hitler o Stalin no fueron hechos desde el medio de la distribución humana, y parte de su éxito cae en el hecho de que la gente ordinaria fue calmada en un falso sentido de seguridad porque simplemente no podían tomar estos tipos patológicos en su mundo. Aun el misterio permanece sobre ¿cómo pudieron estos tiranos hablar en forma tal que millones de mentes independientes estaban preparadas para obedecer? ¿Cómo es que tales máquinas de terror y poder pueden conservarse por períodos tan largos como ellos lo hicieron?

Una razón por la que Orwell fue tan efectivo en su denuncia del totalitarismo es que él fue un atípico en sí mismo con cierto entendimiento sobre lo que impulsaba a otros a ser más problemáticos, y mucho más problemáticos, que él mismo. No he realizado una análisis sistemático de la vida

(37) HITLER, Adolf. *Mein Kampf* (Ralph Manheim traductor), Houghton Mifflin, 1943 (1925).

(38) KEEGAN, John. *The Second World War*. 1989.

Richard A. Epstein

de Orwell, pero de esa evidencia fragmentaria he podido asumir, que he sido tomado por lo que percibo para ser su propia línea autodestructiva. Orwell casi no sobrevivió su mano autoimpuesta a la existencia bucal, como fue grabado en *Down and out in Paris and London*⁽³⁹⁾, antes de que se convierta en un escritor establecido en la mitad de la década de 1930. Debo confesar también que cuando sea que muestro figuras de Orwell, veo una cara impregnada de tensión. La palabra que me viene a la mente para describir esta apariencia es «torturado». Esa impresión es solo reforzada por su propia cuenta de las arduas condiciones hacia las cuales él voluntariamente se ha expuesto a lo largo de su vida. Si estuvo en París, Londres, en el muelle de Wigan o España, él siempre pareció desviarse hacia el precipicio. No es sorprendente que muriera de tuberculosis y de otras dolencias variadas en enero de 1950 cuando tenía 46 años de edad⁽⁴⁰⁾.

Todo esto, claro, no dice nada sobre su personalidad, pero me han impresionado los comentarios de Margaret Drabble, quien se dio cuenta que Orwell tenía una personalidad algo inestable, con un toque de temperamento y de repente, incluso, crueldad en sus relaciones personales⁽⁴¹⁾. Entonces existe una escritura en sí misma. Ya me he referido a su extraordinario ensayo, *Such, Such were the joys...* Por su propia cuenta, Orwell fue un solitario problemático que fue forzado a cargar con todas las indignaciones de ser pobre. Pero otros niños escolares, indudablemente, progresaron mejor de lo que él lo hizo, así, parece injusto atribuir todo su dolor a la insensibilidad de otros. Orwell no era una persona fácil, y no es difícil sentir su represión al estar cerca de, pero nunca parte de, algún círculo de la élite superior.

Los impulsos totalitarios en Orwell son resaltados en los pasajes de su ensayo, *Politics and the English Language*, el que contiene algunas verdaderas palabras conflictivas:

«Dije antes que la decadencia de nuestro lenguaje es probablemente curable (...) Las palabras y expresiones tontas,

con frecuencia, han desaparecido, no a través de algún proceso revolucionario pero sí debido a una acción conciente de una minoría (...) Hay una larga lista de metáforas modificadas que podrían, similarmente, ser desechadas si gente suficiente estuviera interesada en el trabajo (...) de reducir la cantidad de latín y griego en el porcentaje de una oración, para sacar frases extranjeras y palabras apartadas científicas (...) con el desecho de cada palabra o frase que ha desperdiciado su utilidad»⁽⁴²⁾.

No estoy seguro de cómo leer este párrafo. Como ha sido bosquejado, no es necesario requerir algún grado de acción colectiva para salvar el lenguaje inglés de algunas de sus deficiencias internas (asumiendo que una de ellas es disponer matar todas las palabras de origen latino o griego con esa designación). Podría ser bueno que todo en Orwell sea un medio para sugerir que escritores conocidos se conviertan en «incubadores de tendencia» reduciendo los excesos de su propia prosa. En este punto, podemos prever un proceso benevolente de competencia lingüística donde los mejores estilistas sacarán a los inferiores. Pero por toda esta impresión, el párrafo sugiere un punto de vista intolerante hacia aquellos cuyas opiniones del lenguaje difieran de las de Orwell. A Orwell le gustan las palabras vigorosas: «quitar frases apartadas y palabras científicas», «tachar (...) cada palabra o frase que ha desperdiciado su utilidad», y «eliminar» el lenguaje de sus imperfecciones, son palabras que invitan una imagen de coerción, no de competencia, de denominación y no de exhortación.

(39) ORWELL, George. *Down and out in Paris and London*. 1933.

(40) Véase: SHELDON, Michael. *Orwell: The authorized biography*. 1991.

(41) DRABBLE, Margaret. 1984: *Orwell and Our Future*. Conferencia llevada a cabo en la Universidad de Chicago el 12 de noviembre de 1999.

(42) ORWELL, George. *Politics and the English Language*. En: ORWELL, Sonia e Ian ANGUS (editores). *In front of your nose 1945-1950: The collected essays, journalism and letters of George Orwell*. 1968. pp. 137 y 138.

Por último, creo que tenemos que ver en la situación en 1984. En un sentido, la lectura confortable es para asumir que Orwell se identificó a sí mismo con Wiston Smith, el hombre que casi no podía pararse de la furia titánica de O'Brien⁽⁴³⁾. Pero mi lectura de Orwell es un tanto diferente. Creo que Orwell es tanto rechazado como atraído por O'Brien. Esto es una parte de la manera en la que algunas feministas radicales se han obsesionado por la pornografía, cuya influencia funesta ellas denuncian- muy frecuentemente. La larga descripción de la diabólica intensidad de O'Brien; su desviada inteligencia en el análisis a Winston; y la pródiga atención que le da a cada detalle de la escena -todos estos elementos me llevan a pensar que una razón del por qué Orwell es tan efectivo en su condena de las prácticas e instrucciones totalitaristas es que él peleó para incluir algunos de estos impulsos dentro de él mismo. Así, él es capaz de explicar algunos de los asociados furiosos con el comportamiento, aunque para mi mente, al menos, nunca se reúne en el retrato del comportamiento totalitarista que es encontrado en la obra cumbre de Arthur Koestler de 1941, *Darkness at Noon*⁽⁴⁴⁾.

En el hecho de negociar con el impulso totalitarista, Orwell hace un trabajo que merece crédito por exponer las retorcidas personalidades de los líderes. Pero él, completamente, falla para explicar la durabilidad o el éxito de cualquier régimen totalitario. En este punto, tenemos la profecía implícita de que las naciones totalitaristas crecerán de forma más fuerte a lo largo del tiempo, así sus masas escarpadas plegará un mundo postrado. Sus razones para ese pensamiento son mostradas en tal pequeña revisión que escribió *The Road of Serfdom*⁽⁴⁵⁾. El creyó que el sistema capitalista requirió el prospecto de guerra para poder mantenerse. Pensó lo mismo sobre la mayoría de formas de colectivismo. Así que escribió: «para resumir nuestro presente discurso. El capitalismo descansa en repartir colas, el desnivel de los mercados, y guerra. El colectivismo descansa en los campos de concentración, el trabajo liderado y la guerra»⁽⁴⁶⁾. No hay mucha diferencia entre los dos sistemas, por lo menos para

alguien que no puede ver distinción entre los desniveles de los mercados y la guerra.

Algo de lo que Orwell dice es indubitablemente cierto. Las conocidas dificultades en el hecho de elaborar opciones públicas ayudan a explicar por qué algunas naciones proyectarán sus gastos defensivos para el beneficio del complejo militar-industrial. Pero ello dice, que hay algo más que Orwell no entiende por su penetrante ignorancia sobre la operación tanto del gobierno como de los mercados en un Estado democrático. En diferentes maneras, y por diferentes razones, ambas organizaciones responden a las demandas del votante mediano que no tiene la misma disposición como el atípico⁽⁴⁷⁾. A los votantes medianos no les gusta la guerra. Los votantes americanos prefieren un *tour* a Europa que morir ahí. Con el incremento de la riqueza que los mercados económicos pueden suministrar, los militares ya no ofrecen «un», dejan solo «el», el camino mayor para el progreso social. El servicio en los cuarteles no lleva más consigo el mismo sello como lo hizo en sus tiempos de orígenes. Las democracias siguen peleando guerras, pero la respuesta americana a la invasión iraquí de Kuwait en 1990, y mucho después para nuestra captura implacable de Osama Bin Laden en Afganistán, nos puede recordar la extensión a los gobiernos occidentales que ahora van a evitar sus propias víctimas militares. La lección de Vietnam fue que las instituciones democráticas no pueden, hoy, apoyar los esfuerzos militares que no pertenezcan a los sobrevivientes nacionales cuando un gran

(43) ORWELL, George. 1984. Supra nota 36.

(44) KOESTLER, Arthur. *Darkness at noon*. 1941. Traducción de Daphne Hardy.

(45) ORWELL, George. *Review*. Supra nota 25.

(46) ORWELL, George. *Review*. Supra nota 25. p. 119.

(47) Para una discusión referida a una opción de teoría pública, véase: BUCHANAN, James M. y Gordon TULLOCK. *The calculus of consent: Logical Foundations of Constitutional Democracy*. 1962. pp. 3-9.

Richard A. Epstein

número de soldados regresan a casa en bolsos de mano. Los niveles de protesta política se dispersan por las clase medias. Lyndon Jhonson no pudo sobrevivir políticamente en 1968, incluso después de una abrumadora victoria en 1964. Muchas más modestas intervenciones en Kosovo y Somalia pueden reprobar hoy como la pública tolerancia continúa para crecer de forma más fina. Así, ¿qué razón había para pensar que el Stalinismo podría sobrevivir la muerte de Stalin?

Orwell también malentendiendo la dirección en la que la tecnología tomaría el discurso político. Su opinión, fuertemente influenciada por los desarrollos del siglo XIX, fue que los avances tecnológicos siempre han trabajado a favor del Estado. Él tomó lo que debería ser llamado como una «musculosa» cuenta de tecnología. Más y grandes tanques, planes, y piedras llevarían el día. Dios trabajaría a favor de las grandes batallas. Las grandes poblaciones de la Unión Soviética, y tal vez China, prevalecerían. Pero él era fuerte. La masa resultó ser una carga, no un activo. En el frente económico, los peces de agua dulce pueden nadar donde las ballenas descansan. China e India se estancan mientras Hong Kong prospera en la fortaleza de comercializar sola. La imagen de 1984 en el que el mundo pasará a ser uno de tres naciones masivas -Eurasia, Asia del Este y Oceanía- no es más creíble en 1949 en las etapas finales de la decadencia de los imperios coloniales de lo que es hoy.

Este punto fue traído a casa para mí cuando viajé alrededor de Europa en el verano de 1965. Puedo recordar el hecho de ir al este de Berlín ese julio. No tome a un científico social para darme cuenta que el estándar de vida era más alto en la parte occidental de Berlín que en el este de la capital germana. El simbolismo de forzar a la gente para comprar la invención de Alemania Oriental (que no podía ser convertido atrás) no nos evitó aun entonces: Alemania Oriental era un parque de diversiones vacío al cual usted tuvo que pagar un precio de la admisión para viajar, mientras que usted ni siquiera abrió el estuche de su cámara. El dinero de Alemania Oriental era tan ligero al toque que esto podría volarse en una brisa apacible, y su chocolate no era tan comestible que era mejor guardar monedas sin valor de Alemania Oriental como un *souvenir*. El cinismo local fue a menudo expresado en el

humor negro. Todavía puedo recordar al comerciante que me vendió lo que supuestamente era una barra de chocolate -una estructura hueca parecida a una oblea con una capa microscópica de chocolate repugnante sobre la cima- para mis señales convertidas de Alemania Oriental: «Kapitalismus is gut wenn man gut under Kapitalismus hist» que pierde solo un poco de su abrumadora fuerza en inglés: «El capitalismo está bien cuando uno come bien bajo el capitalismo».

La medida de progreso en el dominio militar revela una historia paralela. La fuerza física otra vez toma el segundo plano a la precisión. Lo que es necesario es el armamento sofisticado y el personal sumamente entrenado. Aquellos avances dependen de la capacidad de desarrollar tecnologías miniaturizadas. La puesta en marcha caótica en los Estados Unidos era más probable al salto de algún obstáculo técnico que el aparato jerárquico planificado en la Unión Soviética. El monopolio de la organización militar tiene la misma influencia de amortiguamiento que esto tiene en áreas económicas. Nosotros vimos el resultado claro de estos caminos divergentes con la Guerra de Las Malvinas a principios de los años 1980 donde la tecnología británica apartó la ventaja argentina en números. Esto era verdadero aun ante las logísticas desventajas británicas de lucha en el patio trasero de Argentina, miles de millas desde su base local⁽⁴⁸⁾.

La gran batalla de tanques y de artillería de la Segunda Guerra Mundial contada como el funcionamiento máximo de tecnología en una generación; no representaron el anuncio para nuestra táctica corriente que confía pesadamente en la electrónica de precisión,

(48) Véase: HASTINGS, Max y Simon JENKINS. *The battle for the Falklands*. 1983.

la energía de aire sofisticada, y fuerzas especiales sumamente entrenadas. En 1950, Hayek creyó que el socialismo se caería por su propio peso después de dos generaciones, o entonces mi tardío colega Walter Blum me aseguró en la conversación. El muro de Berlín cayó en 1989 porque el dilapidado sistema económico de la Alemania Oriental ya no podía soportar más a un Estado militar o policial. Orwell no tenía ninguna idea de que el monopolio en las altas esferas de poder lo erosionaría debido a la incapacidad de alimentar, dar casa y vestir a la gente en los estratos inferiores de la sociedad.

Orwell estaba equivocado, pero aun por otra razón. Él argumentó en *1984* que un Estado decidido podría conservar el control exclusivo de la información y la tecnología⁽⁴⁹⁾. Pero la radio de transistores es mucho más pequeña que la radio de tubo vacío que esta desplazó; el chip de ordenador de silicio es más pequeño todavía. Mucho antes de la aparición de la internet se dejó en claro que el desarrollo de las comunicaciones y la tecnología barata y miniaturizada harían más para minar el poder en el centro, en lugar de apoyarlo. *1984* se imagina un mundo de supervigilancia en el cual autócratas decididos bombardean una población desvalida con la propaganda constante. Estos no prevén ningún tipo de fuerza que lo compense, como la radio libre en Europa, una prensa subterránea, o una sola conexión a la *web*. *1984* se lee como si guerras imaginarias fueran suficientes para mantener poblaciones dóciles bajo control. Esto asume que nadie puede escribir cartas a casa del frente imaginario. En algunas circunstancias una combinación de

ubicación, tradición, y la lengua podría mantener a un país aislado de influencias foráneas. Aquella explicación fácilmente podría expresar la espiral hacia abajo en Corea del Norte, de lo cual no puede haber ninguna fuga fácil. Pero las cosmopolitas y abiertas tradiciones en Europa y Estados Unidos trabajan fuertemente contra el renacimiento mundial de cualquier régimen totalitario, con el énfasis sobre «total». En una palabra, Orwell se demostró históricamente incorrecto porque últimos cincuenta años del siglo XX en Europa y los Estados Unidos resultaron ser mucho mejor que los cincuenta primeros años del mismo siglo. Aun Orwell no podía entender el futuro camino porque él nunca pudo quitarse sus sesgos socialistas o vencer sus propias habilidades literarias.

5. Palabras finales

Algunos ejemplos prácticos deberían surgir de este análisis. Puedo pensar en dos. El primero es que nosotros deberíamos tener cuidado del empleo de la imaginación literaria como una fuente de entendimiento social. Los maestros de las tramas son los mejores en la escritura de la ficción, no en la explicación de sistemas complejos sociales y fabricación de recomendaciones para su reforma. El segundo es político, y en cierto modo más importante. Esto es mi predicción que *1984* seguirá siendo leído, pero con el tiempo se leerá cada vez más como un pedazo de período. La gente de mi propia generación -aquellos de más de cincuenta, dicen- seguirá relacionándose con la amenaza soviética porque, habiendo sobrevivido el tiempo, ellos entendieron los riesgos complicados. Aun la generación de mis hijos, y con esperanza de los hijos de los míos, no se relacionarán con *1984* como advertencia o profecía por la mejor de todas las razones. Sus descripciones sombrías de vida son, y dejarán, demasiado muy lejos la señal para levantar miedos corrientes incluso si ellos conservan el poder de mover la imaginación abstracta. La pérdida de influencia de un trabajo de literatura es un pequeño precio para pagar si podemos mantener nuestras instituciones legales, económicas, y políticas juntos, de modo que *1984* se constituya en una reliquia del pasado de Orwell, y nunca se convierta en una parte de nuestro futuro.

(49) ORWELL, George. *1984*. Véase supra nota 36.